

y dirán: Vamos á implorar el favor de Jehova, y á buscar á Jehova de los ejércitos. Yo tambien iré. 22.) Y vendrán muchos pueblos, y fuertes naciones, á buscar á Jehova de los ejércitos en Jerusalem, y á implorar el favor de Jehova. 23.) Así ha dicho Jehova de los ejércitos: En aquellos días (acontecerá) que diez hombres de todas las lenguas de las gentes, trabajarán de la falda de un judío diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios (está) con vosotros.»

Los profetas, además de excitar el pueblo con estas perspectivas halagüeñas á que adelante en la obra del templo, prometían á Zorobabel en particular un porvenir brillante, primero que vencería todas las dificultades que se oponían á la obra del templo, no á la fuerza, sino con el auxilio del espíritu de Dios, y además que concluida la obra sería proclamado rey mesiánico. De esto se muestra Zacarías tan convencido, que en simbólicas expresiones corona á Zorobabel como rey de la comunidad. Despues de decir que muchos judíos de Babilonia acudirán con donativos de sus compatriotas dispersados por extraños países, para contribuir á la edificación del templo, añade que ha recibido de Jehova orden (cap 6, 9, etc.) de pedir una parte del oro y plata llevados por aquellos, y de hacer coronas, una de las cuales colocará sobre la cabeza de Zorobabel (1) y otra sobre la de Josué, y les dirá: «Ved aquí el varon, cuyo nombre es pimpollo (renuevo, vástago), y bajo el cual brotará y él edificará el templo de Jehova. El edificará el templo de Jehova y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y (Josué) será sacerdote en su solio (á su diestra), y consejo de paz será entre ambos á dos.» Zacarías ve, pues, en Zorobabel, segun el texto antiguo, el vástago de la familia de David, que, conforme á la profecía de los profetas antiguos, debía restaurar en el trono á aquella familia. Ageo tambien indica en una alusion del cap. 2, 21, etc., que el derrumbamiento del imperio persa elevará á Zorobabel al trono de David: «Habla á Zorobabel, gobernador de Judá: Yo haré temblar los cielos y la tierra; y trastornaré el trono de los reinos; y destruiré la fuerza del reino de las gentes, y trastornaré el carro y los que en él suben, y vendrán abajo los caballos y los que en ellos montan, cada cual por la espada de su hermano. En aquel día, dice Jehova de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel, hijo de Salathiel, siervo mio, dice Jehova, y ponerte hé como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehova de los ejércitos.» Lo que queria decir lo del anillo de sellar lo sabian todos cuantos conocian las profecías. Jeremías habia dicho en el cap. 22, 24, «que si Jeconías, hijo de Joaquin, rey de Judá (abuelo de Zorobabel), fuere anillo en mi mano diestra (dice Jehova), aun de allí te arrancaré;» por manera que, segun Ageo, la maldicion lanzada por Jeremías contra el abuelo, quedará trocada por la merced divina en bendicion á favor del nieto.

Ya está concluido el templo, pero no se han realizado las esperanzas con él relacionadas y que tanto entusiasmo habian

(1) Los judíos en épocas posteriores, que continuaban esperando y aguardando al prometido Mesías, se sintieron naturalmente molestados ante la idea de que un profeta (Zacarías) se hubiese equivocado al representar en la persona de Zorobabel el Mesías y su coronacion solemne ante la comunidad. Para eludir este compromiso borraron en el v. 11 el nombre de Zorobabel y en el v. 13 el de Josué, y cambiaron el plural en el v. 12 en singular; pero como suele suceder en estos casos, tuvieron miedo de proceder radicalmente, y dejaron el final: «y habrá paz entre ambos,» lo cual descubre el artificio. Tambien habrian tenido que cambiar «las coronas» en una sola. En el v. 13, en los LXX, ha quedado tambien un testimonio del texto antiguo en la expresion «á su diestra,» que aparece suprimida por otro corrector en la Masora. H. Ewald señaló ya en 1828 este cambio en el texto hebreo de la profecía de Zacarías, 6, 9, etc., pero sin reparar en la importancia de este descubrimiento.

excitado. No fué únicamente el cambio ocurrido poco despues en la marcha de los sucesos lo que impidió la realizacion de aquellas esperanzas; fué que les faltaba tambien su razon de ser en el interior de la comunidad judía. Ageo y Zacarías no hacen mas que repetir las profecías antiguas, porque las encuentran existentes y porque la situacion política exterior se adapta á su espíritu; y con esto prueban que son otra clase de hombres distinta de los profetas antiguos. Tambien se ve que las profecías de los profetas anteriores han adquirido un sentido completamente nuevo; que influyen sobre la comunidad como formando parte de las Escrituras Sagradas del pueblo, y que han llegado á ser un poder espiritual. Por esto la nueva corriente profética se presenta no solo como continuacion de la corriente antigua, sino tambien como renovadora de aspectos mas antiguos de la primera, lo cual explica por qué sus ideas no son siempre tan claras, precisas y palpables como las ideas de los profetas primitivos.

Entretanto siguieron los sucesos del mundo su curso, por cierto muy diferente de las ilusiones del pueblo judío; el imperio persa no se derrumbó, porque Darío dominó la situacion y con mano dura y voluntad tenaz sofocó las sublevaciones y reprimió las facciones que habian estado á punto de despedazar el imperio persa, despues de haber hecho nacer las esperanzas que sabemos entre los judíos tanto en Jerusalem como fuera. Zorobabel no se sentó en el trono de sus mayores, y hasta parece que despues de él ningun descendiente de David fué nombrado por el gobierno persa ni por otro gobierno alguno gobernador de Judea. Si el gobierno persa llegó á saber, como no podia menos de saberlo, teniendo otros funcionarios y empleados en las comarcas vecinas de Judea, que el pueblo judío cifraba sus esperanzas en Zorobabel, como descendiente de David, no es de extrañar, en vista tambien de los resultados de su condescendencia con los sentimientos nacionales en Egipto y en otras partes del imperio, la prudencia con que en adelante evitó el confiar poder político á descendientes de las dinastías antiguas y destronadas. Por otra parte, en el pueblo judío la tendencia de la época no se mostraba favorable á una restauracion del trono de David, sino que la opinion se inclinaba á levantar simplemente para el sumo sacerdote Josué una silla modesta. A esto contribuyó tambien energicamente la marcha de los sucesos exteriores; pero se realizó á pasos muy contados, pues en tiempo de Nehemías la posicion del sumo sacerdote en la comunidad era puramente honorífica, sin intervencion alguna en el gobierno, el cual estaba á cargo del gobernador representante del imperio persa, mientras de los asuntos interiores cuidaban las autoridades laicas judías.

Segun el escrito arameo inserto en Esdras, 6, 15, quedó concluido el templo el tercer día (2), ó segun el texto del tercer libro de Esdras, el día 23 del mes de Adar del sexto año del rey Darío, ó sea en marzo ó abril del año 516 antes de J. C., de suerte que toda la obra duró cuatro años y medio menos un día. No se dice en qué año del reinado de Darío se verificó la visita del sátrapa persa de la provincia Occidental del Eufrates. Ningun indicio seguro se ha transmitido á la posteridad relativo á la inauguracion del templo concluido y empezado con tan grandes esperanzas. El cronista, en Esdras, capítulo 6, versículos 16 hasta 18, en lengua aramea, dice que la comunidad inauguró el templo con holocaustos y sacrificios expiatorios, y en los versículos 19 hasta el 22 añade en lengua hebrea que en el mes siguiente, Nisan, se celebró por primera vez conforme mandaban los preceptos la Pascua,

(2) El libro tercero de Esdras, 7, 5, parece contener el dato original, puesto que se comprende mas bien la omision del número 20 que la adición expresa de este número al 3 de Esdras, 6, 15.

pero no indica ni la fecha de la inauguracion ni deja comprender en qué se apoyan sus noticias.

Nada tampoco se sabe con seguridad respecto de las dimensiones ni de las disposiciones del templo nuevo. Solo tenemos algunas noticias sueltas de tiempos posteriores, que son de todo punto insuficientes para formar idea exacta de este monumento. Sin embargo, puede tenerse por cierto, segun las escasas noticias que tenemos y por lo que resulta de los sucesos posteriores, que fué construido con arreglo al principio sentado por Ezequiel, de la rigurosa separacion entre el clero y los laicos.

### CAPITULO III

#### LA COMUNIDAD JUDÍA AMENAZA MATERIALIZARSE. MALAQUÍAS

Todas las tendencias ideales del hombre, al quererlas realizar en la sociedad, están expuestas ó á marchitarse ó á extraviarse en otra direccion, y este peligro es tanto mayor cuanto mas afinidades presenta el ideal con la vida material y positiva.

A este peligro se vió entonces expuesta la nueva comunidad. Había vuelto al suelo patrio con esperanzas inmensas que se habian renovado con la obra del templo, despues de una corta desanimacion. Los judíos habian querido establecer el reinado de Jehova; habian esperado ver á Jehova entrar en el templo con toda su esplendorosa magnificencia; verse libres del yugo pagano, ver al rey-Mesías, y verse colmados de todos los bienes terrenales anunciados por los profetas de Dios para cuando llegara el tiempo mesiánico, y nada de esto se habia realizado. Las condiciones en que se hallaba la comunidad continuaban siendo penosas y mezquinas, á pesar de creerse los judíos de Jerusalem «simiente santa» (1), y por lo mismo, lo mejor del pueblo de Israel, que segun las profecías debía eximirse del juicio y establecer el reinado del Mesías (2). Mantuviéronse los inmigrados en comunidad cerrada, con la conciencia de haber estado bajo el peso de la ira de Dios y de que eran un pueblo escogido de entre todos los de la tierra (3); y á pesar de esto, seguía la situacion como antes y no mejoraba. El suelo patrio recuperado continuaba siendo como antes, y como antes con harta frecuencia no recompensaba los sudores del cultivador, pues la sequía y la langosta eran calamidades que dejaban los campos y viñas sin productos.

Algunas familias habian tenido bastante suerte para crearse una posicion desahogada; pero éstas descendian de las que en otro tiempo, antes de la catástrofe nacional, habian sido ya ricas é influyentes; eran las que despues se llaman nobles en la memoria de Nehemías, y de estas familias se eligieron sin duda los jefes y empleados de la comunidad, entre los cuales habia muchos levitas (4). Es de suponer que entre las

(1) Esdras, 9, 2.

(2) Esdras, 9, 8, 13, etc. Nehemías, 1, 9.

(3) Malaquías, 3, 14.

(4) Tocante á la composicion del gobierno interior de la comunidad no hay por desgracia noticia del tiempo de Nehemías, y solamente se desprende de la memoria de éste, que examinaremos mas adelante, que este gobierno fué aristocrático, como siempre ha sido en los pueblos semitas al organizarse en colectividad nacional. Este silencio nos deja á oscuras tanto respecto del desenvolvimiento que tuvo la organizacion de la comunidad á la vuelta á la Tierra Santa, como respecto de su estado en tiempo de Nehemías y en las épocas griega y romana, si bien es de presumir que en todas estas épocas diferentes la organizacion continuó siempre en el fondo la misma, solo que debió de recibir aquellas modificaciones que se hacian indispensables para no chocar con las exigencias ineludibles de cada época.

familias acomodadas habia tambien un buen número de familias sacerdotales, pues el servicio de Jehova les aseguraba la manutencion. Es de presumir que ya entonces existirian relaciones sociales bastante estrechas entre estas familias sacerdotales y las de los nobles laicos.

Tambien se comprende que esta aristocracia, apenas formada, tuvo mas interés en asegurar y conservar sus posesiones, su hacienda y su posicion social, que en realizar las ideas de Ezequiel y de los profetas. Despues, la analogía de la posicion social y material y los intereses comunes ó idénticos la aproximaron á las familias principales y mas poderosas establecidas cerca de la comunidad judía, y para robustecer mejor sus relaciones las estrecharon con casamientos, convenios y alianzas.

Esta aproximacion se verificó tanto mas fácil y naturalmente, cuanto que satisfacía tambien los intereses espirituales de los vecinos que en su mayoría eran descendientes de los habitantes israelitas antiguos del país. Estos adoraban tambien á Jehova, el Dios de sus mayores, y tambien se habia conservado entre ellos la memoria de los profetas, de sus profecías y de la reforma de Josías, aunque todo esto con menos intensidad que entre los expatriados. Las promesas de los profetas se habian extendido tambien á ellos porque se habian hecho á sus mayores, y era muy natural que muchas familias de éstas solicitaran tomar parte en los actos del culto restablecido (5), como lo hicieron y como les fué concedido, por cierto sin segunda intencion; pues no hay motivo para creer que influyera en su admision la esperanza egoista ni de los abundantes sacrificios y ofrendas que podia esperar la comunidad de los mas ricos, ni del aumento del movimiento en la ciudad, ni es probable que la comunidad contara con estos habitantes para robustecerse.

Ezequiel habia profetizado que con el tiempo Efraim se uniria con Judá y se restablecería el antiguo pueblo de Israel, pero tambien habia pedido que una vez restablecido el pueblo, se diera terreno entre las tribus de Israel á los demás habitantes del país (cap. 47, 22 y 23). Por otra parte, Deuteronomio habia profetizado que tambien los gentiles tomarian parte en el culto en la nueva Jerusalem, que habia de ser una casa de oracion para todos los pueblos.

La escasez de la poblacion de Jerusalem dió mucho en qué pensar á los profetas despues del destierro, por manera que muy bien pudo parecer, aun á los judíos mas devotos, que la agregacion de familias extrañas á la comunidad era tal vez el camino por el cual Dios realizaria sus promesas del Israel mesiánico. Además habia en favor de la admision de extraños, prescripciones de la ley, pues que los pasajes secundarios del Deuteronomio aparecen favorables á los extraños que son admitidos entre los miembros de la comunidad por tolerancia y caridad, menos los amonitas y moabitas. Estos debian quedar excluidos, segun el Deuteronomio, capítulo 23, 3, etc., pero en cambio eran admisibles los edomitas y los egipcios. Por consiguiente, con mayor razon debian ser admitidos los descendientes de los antiguos compatriotas.

Grandes obstáculos habrian encontrado los judíos si hubiesen tratado de realizar el plan exclusivista concebido por Ezequiel en el destierro, y consistente en formar una comunidad escrupulosamente aislada del resto del mundo, para conservar su santidad con el cumplimiento exacto de la ley que Dios le habia dado, y para santificarse continuamente de nuevo con las no interrumpidas prácticas del culto prescrito por Dios. Fué imprescindible que los descendientes de

(5) Es muy sensible que no queden noticias de los lugares donde estos habitantes celebraban su culto antiguo y hasta dónde alcanzaba su civilizacion religiosa.

Malaquías. La razón es obvia, porque además de que el simple hecho de la vuelta a la Tierra Santa debía borrar en gran parte el sentimiento de la iniquidad de los tiempos antiguos, desde el regreso de los desterrados y desde su reinstalación en el suelo patrio, muchísimas observaciones demostraron la inferioridad de la situación nueva comparada con la de los tiempos antiguos, en los cuales el pueblo había poseído muchos de los bienes que la nueva comunidad esperaba todavía de la realización de las esperanzas mesiánicas. Por este camino se empezó a mirar el pasado como «los buenos tiempos», hasta que gradualmente se hizo lugar la idea de que en otro tiempo el pueblo, libre de los defectos del presente, gozaba ya de todas las felicidades que a la sazón se esperaban del porvenir, conforme veremos en el código sacerdotal. Las naciones, como los individuos, se acuerdan más de las felicidades que de las penas y amarguras pasadas, lo cual es por cierto una de las mejores cosas de este mundo.

Bajo otro punto de vista adelanta Malaquías ideas del porvenir. La conexión que existe entre Jehova y Leví al haberle Dios confiado la presentación de los sacrificios de Israel, imponiendo a Leví los deberes consiguientes, parece a Malaquías un pacto hecho entre Jehova y Leví, y de ahí se desprende para el profeta el deber de Israel de conservar la santidad de Jehova por razón del pacto hecho con los antepasados (cap. 2, 10); bien que este es un concepto antiguo que se encuentra ya en Jeremías, cap. 34, 13. Aplicando esta idea a los derechos y deberes de los sacerdotes, entró en la corriente otra idea que fué engrandecida hasta llegar a imperar en el código sacerdotal, porque en este código aparece la relación entre Israel y Jehova como un pacto concedido por Jehova, en el Sinaí, pacto preparado ya por los que Dios contrajo con Abraham y Noé y por la bendición que dió a Adán.

El rigor con que mira Malaquías la santidad de Jehova resalta todavía con mayor fuerza en su manera de considerar los matrimonios con mujeres extrañas como transgresión también principal de Israel. Estos matrimonios llegaron a ser así considerados, más que pecados morales, delitos contra la pureza del culto y de la santidad de Jehova, a causa de las transgresiones frecuentes de que eran causa estas mujeres israelitas. Así Malaquías dice, cap. 2, 10 y 11: «¿No tenemos todos un (mismo) padre? ¿No nos ha criado un mismo Dios? ¿Por qué menospreciaremos cada uno a su hermano, quebrantando el pacto de nuestros padres? Prevaricó Judá, y en Israel y en Judá ha sido cometida abominación; porque Judá ha profanado la santidad de Jehova, amando y tomando por mujeres a hijas de dioses extraños.» Quiere decir que Jehova y su santuario han sido profanados porque las mujeres que no son hijas de la comunidad participan del culto de sus maridos, y estos faltan por lo mismo a sus deberes para con sus compatriotas y correligionarios, pues dice Malaquías, cap. 2, 13, etc.: «Y esta otra vez hareis cubrir el altar de Jehova de lágrimas, de llanto y de clamor; así que no miraré mas al presente, para aceptar (ofrenda) voluntaria de vuestra mano. Mas direis: ¿Por qué? Porque Jehova ha sido testigo entre tí y la mujer de tu mocedad, a la cual tú has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto.» Aquí aparece en último lugar (y esto es muy significativo) la idea de que el que repudia a su mujer falta a la fidelidad que le debe; en segundo lugar, la idea de que se falta a un pacto que ha sido cerrado tomando a Dios por testigo; y en primer lugar se hace constar sobre todo que la mujer así engañada clama a Dios y éste no encuentra gusto en el culto de Israel. No obstante, no hay que dudar que lo dicho por Malaquías (cap. 2, 16) «de que Jehova aborrece el divorcio,» lo dijo en sentido general, pues por otra parte estaba firme-

mente convencido de que la anulación de los matrimonios entre judíos y mujeres no judías era una obra agradable a Dios. Del contexto resulta que Malaquías trata ante todo de matrimonios contraidos por individuos distinguidos y antiguos de la comunidad con hijas de familias ricas e influyentes del país. En el texto se supone a estos judíos casados ya con judías y que los padres de las mujeres israelitas pueden exigir del pretendiente que repudie a la mujer judía antes de casarse con la israelita.

Al atribuir Malaquías el estado aflitivo de la comunidad a sus pecados, resulta para la comunidad una de dos cosas: si continúa en su senda, le espera un juicio destructor, pues Jehova, precedido de su ángel que le enseña el camino, se presentará súbitamente en el templo, y ¿quién podrá sostenerse en presencia de Jehova, que es como el fuego del fundidor y como la lejía del batanero? Su juicio caerá sobre los sacerdotes, y acabará sin contemplación con los hechiceros y adúlteros, con los que juran en falso y con los opresores de los pobres y de los desamparados. Si Israel reflexiona que Jehova no ha cambiado, se convertirá para que Jehova le vuelva a mirar con cariño y misericordia: «Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehova de los ejércitos, (y vereis) si no os abriré las ventanas de los cielos, y echaré sobre vosotros la bendición hasta que sobreabunde. Increparé también por vosotros al (insecto) devorador (1), y no os corromperá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo abortará, dice Jehova de los ejércitos. Y todas las gentes os dirán bienaventurados porque seréis tierra apetecible, dice Jehova de los ejércitos.» (Malaquías, 3; 10, 11 y 12.)

Pero en rigor solo quedaba para la comunidad un medio de salir de su situación aflitiva, y era adoptar el plan de Ezequiel, indicado también por Malaquías, a saber: mostrarse el pueblo santo de Jehova cumpliendo fielmente las leyes del culto y aislarse al mismo tiempo de los pueblos vecinos, porque debílsima como interiormente era la comunidad la mezcla con los pueblos vecinos ofrecía el peligro de ser absorbida por estos y de perder así todo lo que había adelantado en religión. Era necesario, so pena de que resultase inútil todo lo sembrado por los profetas, que la comunidad judía conservara su carácter e índole propios, que conociera lo que significaba ser el pueblo elegido por el Dios del universo que se le había revelado. Para cumplir su misión histórica era preciso que el pueblo judío adquiriera primero la suficiente robustez interior, para no temer ya la pérdida de su religión e índole ni la absorción por otros pueblos y otras religiones. Para evitar este peligro no había otro camino más eficaz que la observancia estricta y puntual de los ritos y ceremonias del culto; mas para esto era necesaria una ley que arreglara y fijara minuciosamente todos sus pormenores, de suerte que no dejara ninguna duda ni diera lugar a vacilaciones en cuanto a lo que exigían de su pueblo la santidad y la voluntad de Jehova. Solo con una ley completa que previese y decidiera todas las cuestiones, podía la comunidad tener esperanza de conservar su religión y su carácter de pueblo predilecto de Jehova. Por lo demás, en aquellos tiempos esta solicitud constante y nimia era el impulso más vigoroso y aun el único que podía darse a la formación de un pueblo religioso y moral.

Hasta entonces la comunidad había sido presa de agitaciones continuas por falta de una ley definitiva y completa, todo por mecerse en las esperanzas del próximo advenimiento

(1) La langosta. Evidentemente esta plaga es muy frecuente en Palestina. El profeta Joel vió en esta plaga un castigo precursor del juicio de Dios.

del reinado del prometido Mesías; y más de una vez había parecido que estas esperanzas que habían hecho concebir los profetas iban a realizarse prontamente, pero luego venía siempre el desengaño y con él el inevitable decaimiento moral cuando la comunidad necesitaba más tranquilidad y constancia. A todos estos inconvenientes puso fin la ley que señaló en adelante a la comunidad y al individuo suelto el camino exacto y seguro para prepararse al logro del reino mesiánico haciéndose dignos de Jehova, de la santidad de Dios y de la propia. Si esto se lograba quedaba asegurada la religiosidad sin que la posesión de la esperanza mesiánica pudiese hacerla vacilar en adelante, porque teniendo la ley se tenía la seguridad de que cumpliéndola no había de faltar a su tiempo la realización de aquella esperanza. Entretanto se aseguraba con el no interrumpido cumplimiento de la ley el perfeccionamiento continuo de la comunidad santa hasta transformarla en el reino de Dios y hacerla digna de que Dios le concediera lo que pudiera faltarle al final de su carrera moral. Con el cumplimiento exacto de la ley y por medio de él el logro de la felicidad mesiánica sería el objeto de las generaciones venideras, que deberían de sacar continuamente de esta convicción nuevas fuerzas para no vacilar ya en su conducta, por grande que les pareciera el contraste entre su ideal y la realidad.

Para conseguir esta marcha no se necesitaban ideas nuevas; bastaba seguir con resolución y perseverancia el camino trazado por el Deuteronomio y Ezequiel; solo era menester llenar los vacíos que en estos guías se habían observado, y tener la energía suficiente para poner esta ley completada en vigor, después de haber tratado de extirpar de una vez y con mano inexorable los errores cometidos a fin de que no fuesen obstáculo para entrar y seguir decidida y vigorosamente en la nueva senda.

#### CAPÍTULO IV

##### ESDRAS Y NEHEMÍAS. — EL COMPLEMENTO DE LA LEY Y LA FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD SAMARITANA

La ley completa y definitiva que preveía y daba reglas para todos los casos y dudas que podían presentarse en la vida de la comunidad, vino de Babilonia, y con ella volvieron a cobrar nueva vida los planes de Ezequiel y el deseo de salir de la situación inaguantable en que la comunidad había caído. Es muy posible que los esfuerzos enérgicos de Malaquías y de sus partidarios contra la liviandad materialista salieran triunfantes si bien pasajera en la comunidad y que dieran lugar hasta a disposiciones para excluir del culto a todos los extraños, porque así se explicaría muy naturalmente la breve noticia conservada en Esdras, 4, 6, de existir al principio del reinado de Jerjes (485-465) conflictos entre los habitantes de Jerusalén y sus vecinos los israelitas antiguos del país (1). Los sucesos políticos de entonces parecían, por lo demás, dar motivo a la comunidad para prepararse a recibir a Jehova y separarse por lo mismo de todo otro elemento, dedicándose a cumplir correctamente la ley de Dios. Las señales de la próxima decadencia de la monarquía persa eran muy claras; su empuje del lado del Oeste había recibido un golpe desastroso en Maratón. Se había perdido el Egipto y Jerjes tuvo que reconquistar este país, pero ya habían tomado la ofensiva los griegos aliados.

Ninguna noticia tenemos de los desórdenes interiores de la comunidad. Si ocurrieron, debieron de salir de ellos victoriosos los extraños, porque los sucesos posteriores no per-

miten otra explicación. Puede igualmente admitirse que entre los habitantes antiguos había más opulencia y estaba más adelantada la civilización que entre los judíos, y esto daría seguramente a los primeros una preponderancia molesta en la comunidad.

Muy diferente era la situación para los judíos en Babilonia. Estos mantenían relaciones estrechas con sus compatriotas de Jerusalén; ellos auxiliaron con sus recursos la obra del templo, é indudablemente estarían enterados de la marcha poco lisonjera de la comunidad, pudiendo suponerse que sus relaciones fueron más íntimas y más activas con los individuos más rígidos en materia religiosa. Si, según dice Malaquías, había en Jerusalén una minoría firmemente decidida a cumplir la voluntad de Jehova y respetar su santidad separándose de todos los elementos extraños, hay que suponer que mayor rigorismo debía prevalecer entre los judíos de Babilonia que vivían entre paganos y habían aprendido a mantenerse completamente aislados de ellos, sin que ningún suceso hubiese ocurrido que suavizara esta disposición de ánimo. Los judíos de Babilonia conservaban vivos los sermones de Ezequiel y el deseo de practicar el verdadero culto de Jehova y formar una comunidad santa que se santificara continuamente de nuevo. El éxito muy incompleto y pobre que había tenido la tentativa de realizar este ideal en Jerusalén no les había desanimado como a sus compatriotas de la Tierra Santa; los que estaban en Babilonia no sentían todo el peso de los obstáculos con que luchaban los de Jerusalén; y no teniendo que gastar su energía y sus bríos en estas luchas, ni habiendo aprendido la resignación, experimentaban vivo dolor al notar la inmensa distancia que había entre las esperanzas y el resultado mezquino obtenido. A esto se agregaba que los judíos de Babilonia no habían pecado contra la santidad de Jehova casándose con mujeres extrañas. No se les había presentado el caso ni habían tenido que resistir a ninguna tentación de aumentar su caudal ó mejorar simplemente su posición casándose con israelitas antiguas, como tampoco habían tenido ocasión de faltar al culto falseando las ofrendas y cometiendo otras transgresiones porque en Babilonia no tenían templo. Finalmente, es muy probable que los judíos de Babilonia, país feraz y emporio del comercio, vivieran en situación muy desahogada; sus recursos no se habían disminuido por el regreso a la Tierra Santa y su establecimiento en ella; no pagaban los onerosos impuestos al templo, de suerte que tenían más gusto, más tiempo y más facilidad de crítica para tratar de las cosas de su pueblo y resistir a tentaciones opuestas al carácter e índole nacionales. Smend (2) observa con razón que los adversarios de Esdras y Nehemías en la comunidad de Jerusalén parecen, comparados con estos, unos campesinos toscos y groseros.

Los judíos de Babilonia habían cultivado con actividad y afición el estudio de las leyes de su pueblo y habían escrito mucho sobre este particular. Allí se había hecho probablemente una colección de las leyes y ordenanzas con cuyo auxilio se podía redactar un nuevo código bien ordenado de todo el material legislativo, para resolver las dificultades suscitadas en Jerusalén en materia de cuestiones religiosas relativas naturalmente al culto, y que no había podido resolver la ley escrita, mezcla del Deuteronomio y de antiguos libros legendarios conservados por los sacerdotes.

Esta ley escrita, llamada en Esdras, 7, 14: «La ley de Dios en su mano,» y en el versículo 25: «La sabiduría de Dios en su mano» (3), se hallaba en poder del sacerdote y letrado Es-

(2) En su obra: «Las listas de los libros de Esdras y Nehemías,» página 5, nota 2.

(3) Estas expresiones usadas en el decreto de Artajerjes señalan a Esdras como poseedor, pero no como autor de este libro de leyes. Lo

(1) No dice el pasaje que «estos pueblos de la tierra» fueran israelitas, pero se desprende del contexto. Sobre esto diremos todavía algo.

los expatriados, por lo pronto, si no querían faltar á su historia, rechazaran todo aumento de su comunidad con elementos extraños, porque solo aquellos que se creyeran partícipes del castigo del destierro podían comprender y aprobar el espíritu del plan de Ezequiel; y como los descendientes de los habitantes antiguos no participaban ni podían participar de la disposición religiosa de los que habían vivido en el destierro, sino que probablemente se conservaban en ellos todavía muy robustas las costumbres israelitas de otra época, habría sido muy difícil para la nueva comunidad conservar su espíritu religioso sin malearlo.

Además la posición relativamente acomodada de los restos de la antigua población israelita del país, hería la fe religiosa de los judíos creyentes y devotos, porque estos eran pobres cuando aquellos que no habían sufrido la pena del destierro eran relativamente ricos, lo que mal se armonizaba con las promesas de los profetas que habían anunciado que todos los pueblos envidiarían la felicidad del pueblo santificado. Solo quedaba á este pueblo el consuelo de formar parte de la «siente sagrada» de participar del culto de Jehova y de ser heredero del prometido reino mesiánico; y aun este consuelo debía desaparecer si se daba participación en tales ventajas á los que no habían sufrido la ira de Jehova.

Pero si esto pudo contribuir á debilitar la fe y á inclinar el espíritu de la comunidad á la adquisición de bienes materiales, contribuyó también mucho á la creciente flojedad religiosa el hecho innegable de que ninguna de las exuberantes esperanzas fundadas en el restablecimiento del culto se realizaba, y este desengaño enfrió el entusiasmo á favor del exacto cumplimiento de la ley de Dios. ¿A qué molestarse contrariando los impulsos naturales para observar las leyes morales si ningún bien material había de alcanzarse? La humanidad de entonces apenas tenía idea de los bienes espirituales, y solo fijaba su atención en los materiales que pudieran proporcionar la obediencia á los preceptos de Jehova. Así es que los creyentes obedecieron y cumplieron los preceptos de Jehova mientras hubo esperanza de tocar la recompensa; pero esta esperanza, desde la reedificación del templo y la restauración del culto resultó al parecer que no era más que una ilusión. Desde entonces volvió á manifestarse á la índole antigua de la raza israelita con sus tendencias á no respetar los juramentos hechos, á faltar á la buena fe en el comercio, á explotar al pobre y corto de talento y á la inmoralidad sexual. Esto aumentó el mal, y gradualmente ganó terreno la idea de que Jehova no era el Dios Santo, pues que no castigaba á los pecadores. Además, ¿á qué apresurarse á pagar los crecidísimos impuestos que se exigían para el templo y los sacerdotes, cuando Dios negaba al país sus dones naturales y no mostraba su amor á Israel ayudándolo? En este estado, la humanidad no veía ningún interés en cumplir piadosamente los preceptos de Dios, y perdió el entusiasmo para cumplirlos. Se seguía sacrificando, pero se procuró sacrificar, contra la ley de Dios, reses y otras ofrendas defectuosas; eludir el pago de los impuestos, á la verdad crecidísimos que correspondían al templo; en una palabra, se perdió cabalmente lo que Ezequiel se había esforzado en fijar mas que todo en la mente de la comunidad, á saber: el temor de faltar á la santidad de Jehova.

La indiferencia en el cumplimiento exacto de las exigencias del culto se comunicó también á los sacerdotes, encargados de mantener aquel temor de faltar á la santidad de Jehova. Cumplían sus obligaciones maquinalmente, y hasta con hastío; eludían el cumplimiento riguroso de sus deberes y de los ritos y toleraban la misma conducta en los laicos; ningún caso hacían de la parte que les correspondía de las ofrendas que el pueblo hacía á Jehova; los sacerdotes mas

ricos despreciaban la parte que les tocaba de los sacrificios, y no solo no ocultaban su desprecio sino que lo expresaban en términos muy irrespetuosos.

Existía, pues, el peligro de que la comunidad recayera en el estado de escepticismo irreligioso contra el cual habían predicado tanto los profetas anteriores al destierro. Aumentaron este peligro de un modo alarmante los matrimonios de los hombres de la comunidad con las hijas de las familias naturales del país, á consecuencia de la admisión de estas familias al culto. El afán de tener por suegro á un hombre rico del país, dió á estas familias influencia en la comunidad y maleaba la conducta religiosa de ésta con el ejemplo de los extraños. Estos matrimonios eran lícitos según la ley (Deuter., 7, 2 y 3), que prohíbe matrimonios con mujeres cananeas, pero los permite expresamente con jóvenes hechas prisioneras en la guerra (cap. 21, 10, etc.). Mas permitidos debían ser por consiguiente los matrimonios con las mujeres israelitas del país, pues que la ley había sido dada para todo el pueblo de Israel, considerado como el pueblo sagrado de Jehova.

En punto á estos matrimonios dieron al parecer el ejemplo las clases mas distinguidas, y en primer lugar los sacerdotes, que podían alegar en su favor el ejemplo de Moisés; y á juzgar por las relaciones de Esdras y Nehemías, se habían generalizado tanto, que pronto no hubo familia, sin exceptuar la del sumo sacerdote, que estuviese exenta de esta promiscuidad.

Este estado suscitó al fin en la comunidad un partido de oposición. Los rigoristas se juntaron, se consultaron y se animaron mutuamente á no tolerar por mas tiempo semejante causa de corrupción de la santidad del pueblo. Veían que los culpables no eran aniquilados por el juicio de Jehova, pero por otra parte no podían creer como creían los indiferentes que Jehova mirase aquellos matrimonios como buenos, y rechazaban con indignación la idea ya muy general de que no había que dejarse imponer tanto por la santidad de Jehova. En esta situación echaron mano, como única arma que quedaba, de la amenaza del juicio final, que estaba inmediato y en el cual Jehova, después de haber exterminado á los pecadores, inauguraría el reino mesiánico. Jehova, decían, tenía apuntado en un libro los buenos y los malos para dejar salvos á aquellos y aniquilar á estos. Esta fué la primera vez que apareció la idea del juicio final, que unida á la realización de la esperanza mesiánica ocurrió en adelante siempre que la realidad se mostraba opuesta en el pueblo judío á su ideal del reinado del Mesías, ya fuese por culpa del pueblo que abandonaba la senda de la ley divina, ya por culpa y opresión del yugo extranjero.

En la época de que tratamos fué particularmente importante la resurrección de la idea de un juicio radical, porque el pueblo judío se había acostumbrado á creer que el gran juicio de Dios había sido el destierro, y que el juicio de consiguiente había ya pasado. Era preciso que el pueblo santo se convenciera de que era tan culpable como antes y de que merecía y necesitaba, á pesar de todas las penas sufridas, otro gran juicio, como ya lo había dicho Zacarías.

Esto nos permite formar una idea exacta del estado de la comunidad judía antes de la reforma de Esdras, pues que la idea resucitada de la proximidad de un juicio de Dios indujo á un varón de la época á exhortar á su comunidad, particularmente á los sacerdotes y demás hombres principales, á no dejarse extraviar por la apariencia engañosa de que todo iba bien, sino á convertirse á tiempo. La misma exhortación se ha hecho después en otras ocasiones análogas resucitando las esperanzas del próximo juicio y del reinado de Dios.

La voz exhortadora de que hablamos fué la de Malaquías,

cuyo libro se encuentra en la Biblia al final de los escritos de los llamados profetas menores, y lleva por título el nombre de Malaquías (1), si bien fué en un principio anónimo. El nombre de Malaquías (2) fué puesto quizás como título simplemente por el escritor del libro y dió luego lugar á que esta palabra fuese tomada por el nombre del autor (3). Como este libro condena sin miramientos la conducta de las clases mas distinguidas, era hasta preciso que el autor no se nombrara, porque aun en el caso de que no hubiese dado lugar á disputas personales, el conocimiento de su nombre habría debilitado el efecto de las ideas vertidas en el escrito. El autor, en el cap. 3, 16, solo señala de lejos la clase á que pertenece y abre la serie de los autores anónimos posteriores al destierro que reprodujeron con motivo de los desórdenes ocurridos en la comunidad las antiguas esperanzas de los profetas.

Llama particularmente la atención en el libro de Malaquías lo mucho que se dedica á hacer resaltar la importancia del exacto cumplimiento de los ritos que se derivan de la santidad de Jehova y su manera de juzgar las cosas de su tiempo desde este punto de vista; pero esto encuentra su explicación en la situación en que escribió. No por faltarle ideas proféticas, prefiere recordar á la comunidad, descontenta de su condición, el amor que Jehova le ha mostrado siempre, tanto en los tiempos remotos como en su restablecimiento en el antiguo suelo patrio; y en vez de acallar su descontento con promesas proféticas de una futura magnificencia, demuestra el deber (4) de Israel de honrar á Jehova como el hijo honra á su padre. La prueba de que esta idea domina en la comunidad, como también al autor, es que los unos dudan de la grandeza de Jehova porque no castiga las inmoralidades que se cometen en ella, y los otros esperan el juicio de Dios que aniquilará á los pecadores; pero estos cargos ocupan en el libro poquísimos sitios al lado de los que dirige á la comunidad por sus transgresiones contra la santidad de Jehova, es decir, por su negligencia de todo lo referente al culto. Estas faltas á la santidad de Jehova llaman principalmente la atención del autor, que entiende que Israel para honrar á Jehova como un hijo honra á su padre, debe hacer desaparecer el estado pecaminoso é insostenible del culto, y dice que mejor que un estado semejante,

(1) Divergen las opiniones respecto de la antigüedad de este pequeño libro. Los mas de los comentaristas lo colocan en tiempo de Esdras y de Nehemías; muchos en el tiempo entre la primera lugartenencia y la segunda de Nehemías, en cuya época fué, según Malaquías, 1, 8, lugarteniente ó gobernador un pagano. Esta última opinión es inadmisibles, porque en primer lugar no dice el libro de Malaquías nada de disposiciones tomadas á consecuencia de los esfuerzos de Esdras contra los matrimonios con mujeres extrañas; en segundo lugar porque no menciona ninguna publicación de la ley, y en tercer lugar porque al tratar de los sacerdotes les llama sencillamente levitas y habla además del pacto de Dios con Levi, lo que seguramente no habría hecho después de las disposiciones tomadas por Esdras y Nehemías, y mucho menos después de la publicación del libro de la ley de Esdras; de suerte que el libro de Malaquías hubo de ser escrito antes de Esdras. (Así opinan también Herzfeld, Hitzig y Bleek.) Los sucesos referidos en el cap. 3, 10, etc., se explican perfectamente por la situación anterior á la obra de Esdras, pero con dificultad pueden explicarse si se admite que el libro fué escrito habiendo Esdras comenzado ya su campaña de expurgo. El contenido del libro de Malaquías solo se comprende bajo todos sus aspectos cuando se mira como precursor de Esdras y del código sacerdotal. Boehme (véase el periódico: *Zeitschrift für alttestamentliche Wissenschaften*, año 1887, pág. 210) ha expresado dudas respecto de la autenticidad de los versículos 22, 23 y 24 del cap. 3, cuyo trozo, importantísimo bajo el concepto del desenvolvimiento de la idea mesiánica, dice este autor que no formó parte en un principio del libro de Malaquías.

(2) Que en hebreo significa: «mi mensajero».

(3) Véase el periódico citado en la nota anterior, año 1881, pág. 14, y 1882, pág. 308, etc., y la obra *Propheten*, de Ewald, pág. 81.

(4) Cap. 1, 2, etc.

valdría no tener culto ninguno. Así se expresa en el capítulo 1, 6 hasta 14: «El hijo honra al padre, y el siervo á su señor: si, pues, soy yo Padre, ¿qué es de mi honra? Y si soy Señor, ¿qué es de mi temor? dice Jehova de los ejércitos á vosotros, ¡oh sacerdotes! que menospreciáis mi nombre y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? Que ofrezcáis sobre mi altar pan inmundo, y dijisteis: ¿En qué te hemos mancillado? En que decís: La mesa de Jehova es despreciable. Y cuando ofrezcáis el (animal) ciego para sacrificar, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrezcáis el cojo ó enfermo, ¿no es malo? Preséntalo pues á tu príncipe, ¿caso te lo agradecerá, ó serás acepto á sus ojos? dice Jehova de los ejércitos. Ahora, pues, orad á la faz de Dios que tenga piedad de nosotros: esto de vuestra mano ha procedido; ¿le seréis agradables? dice Jehova de los ejércitos. ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas, ó alumbré mi altar de balde? Yo no recibo contentamiento en vosotros, dice Jehova de los ejércitos, ni de vuestra mano me será agradable el presente. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las gentes; y en todo lugar se ofrece á mi nombre perfume y presente limpio: porque mi nombre es grande entre las gentes, dice Jehova de los ejércitos. Y vosotros lo habeis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehova; y cuando habláis (que) su alimento es despreciable. Habeis además dicho: ¡Oh qué trabajo! Y lo desechasteis, dice Jehova de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, ó cojo, ó enfermo, y lo presentasteis como ofrenda. ¿Seré acepto eso de vuestra mano? dice Jehova. Maldito el engañoso, que tiene macho en su rebaño y promete y sacrifica lo dañado á Jehova: porque yo (soy) Gran Rey, dice Jehova de los ejércitos; y mi nombre (es) formidable entre las gentes.»

Este pasaje es interesantísimo bajo varios aspectos, pues no solamente contiene el pensamiento, que se encuentra después del destierro en diferentes escritos, de que Dios no recibe verdadero gusto en los sacrificios del culto de la comunidad restablecida en el país de sus mayores, sin que esto vaya contra los sacrificios en general, sino que contiene una opinión especulativa sobre el culto divino de los gentiles, observación curiosísima, aislada y única en todo el Testamento Antiguo. Esta opinión es: siendo Jehova Dios único, van dirigidos á él todos los sacrificios que se ofrecen á la divinidad donde quiera que sea. Lástima que el autor del libro de Malaquías no funde esta opinión en razones y se limite á presentarla como corriente.

El resto de su sermón, dirigido contra los sacerdotes, es también interesante porque demuestra el cambio que se opera en el modo de juzgar el tiempo pasado, el cual empieza á presentarse bajo un aspecto favorable. Malaquías echa en cara á sus compatriotas su conducta inícuca comparando esta conducta con la de sus mayores, que no faltaron al pacto que Dios hizo con Levi (cap. 2, 5 hasta 8): «Mi pacto fué con él de vida y de paz; las cuales cosas yo le dí por el temor, porque me temió, y delante de mi nombre estubo humillado. La ley de verdad estuvo en su boca, é iniquidad no fué hallada en sus labios: en paz y justicia anduvo conmigo, y á muchos hizo apartar de la iniquidad. Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca buscarán la ley, porque ángel (es) de Jehova de los ejércitos. Mas vosotros os habeis apartado del camino, habeis hecho tropezar á muchos en la ley; habeis corrompido el pacto de Levi, dice Jehova de los ejércitos.»

En este cuadro aparece completamente olvidada la descripción que hicieron los profetas antiguos anteriores al destierro condenando la conducta de los sacerdotes de su tiempo, que era idéntica á la de los sacerdotes del tiempo de